

ELLOS SIGUEN ESTANDO...



Y tú... ¿has cumplido?



CÍRCULO
OCKHAM

(Palabras pronunciadas por
Guido González Novoa ante el
Mausoleo de los mártires del
5 de Septiembre de 1938, con
ocasión de cumplirse 34 años
de su inmolación).

Septiembre de 1972.

Mucho se dice que el tiempo pasa. Es una afirmación tan relata-
da que la repetimos y aceptamos como cosa establecida e
indiscutible ...

Pero, ¿es efectivo que el tiempo pasa? ¿Existe el tiempo
como realidad tangible que viene, está y desaparece? ¿No trans-
curren, acaso, los días de hoy bajo el mismo cielo azul, junto al
mismo río y camino del mismo mar que los días que ya fueron?

La verdad tremenda y definitiva es que el tiempo no pasa. El
tiempo está y permanece. Como el aire, el árbol o la montaña.
Somos nosotros los que vamos pasando por los días y las horas,
aunque no nos atrevamos a reconocerlo mientras, débiles y te-
merosos, caminamos inexorablemente hacia las sombras ...

Y estamos y seguimos pasando. Pero las cosas que entonces
ocurrieron no han pasado. Porque no pueden pasar la sangre
ni el dolor. Ni las limpias manos saturadas de aurora, ni las son-
risas que quedaron truncas.

Ahora tenemos treinta y cuatro años más porque, desde
esa tarde, treinta y cuatro veces hemos pasado por los intersti-
cios del sol y de la noche. Pero nuestros sesenta y tres cama-
radas no han pasado. Ellos son el tiempo y siguen con nosotros.

Están aquí, entre el mar y la montaña. Con la nieve y la sal en sus pupilas y un emblema de fuego en sus espaldas...

¡Cómo van a pasar los que caminan por la eterna verdad del heroísmo!

A pesar del tiempo y de la nieve. A pesar de la sangre y de la noche, ellos siguen flameando en las banderas.

En los montes y en los valles; en las playas del mar y en las bocas de las minas; en las arenas calcinadas del desierto y en los bosques con llanto de copihue; en los lagos azules silenciosos y en las rutas polvorrientas de las lomas; en la obscura raíz del avellano y en la copa encendida de los notros, ellos siguen estando.

Porque ellos no pasan ni se esfuman. Ellos están y permanecen. Con sus rostros de niños extasiados y los brazos alzados contra el cielo, flamearán para siempre en las banderas...



Ellos enarbolaron una bandera más allá de los años y de los hombres. Sabían que la Patria no estaba ni está condenada, como nosotros, a un fatal e inevitable destino de destrucción y desaparecimiento.

La Patria es eterna y permanente. Su existencia viene desde siempre y empezó a gestarse en las más recónditas profundidades de la Historia. No nació, como algunos creen, ni en 1810 ni en 1970.

Nuestra Patria viene avanzando, quizás, desde el Puerto de Palos de Moguer en las manos del Almirante Visionario. Tal vez desde antes y con ansias de futuro, buscaba ya la lanza del toqui o el vientre de Tegualda.

Con su rito de glorias y dolores, hace treinta y cuatro años hizo un alto en el camino y ahí, en su fragua luminosa, nuestros sesenta y tres camaradas fundieron sus nombres y los incorporaron en el torrente mismo de la Historia. Desde entonces están, permanecen y viven para siempre.

Nunca antes como ahora estábamos tan obligados a recordarlos. Vivimos aquellos momentos en que los hombres, perturbados por la soberbia o ilusionados por engañosas conveniencias inmediatas, dejamos de tener presentes sabias y definitivas enseñanzas.

Es por eso que nuestros camaradas, desde sus históricos sitios, ciertamente que han de dirigirnos sus miradas límpidas y claras, indagando por nuestras respuestas a los requerimientos de la Patria actual, transida de dolor y de tormentos.

Ellos nos dirán que la Juventud es la afirmación de la Vida que, para permanecer, se renueva. Nos reiterarán que la Juventud es la Primavera que se anuncia, con su clarinada de colores. Nos confirmarán que la semilla ha germinado y que reventará en frutos generosos.

Y agregarán que como en la Juventud no caben ni el cálculo ni el egoísmo, las convicciones se mantienen hasta llegar al renunciamiento, al sacrificio y al dolor.

El poeta dijo ayer sus palabras sollozantes: "Fue un error. Como lo fue el del inmortal Manchego cuando atacó a los molinos creyendo que eran gigantes. Como el corazón es ciego, se equivocan en el mundo los caballeros andantes".

Pero el de ellos no fue error. Es cierto que eran caballeros andantes de corazones inmensos, pero no lo es menos que tenían las pupilas y las mentes muy abiertas para captar la realidad nacional en su exacta dimensión.

Su tránsito a la vida permanente de la Patria fue la supre-

ma y definitiva afirmación de lo que entonces creyeron, de lo que entonces nosotros creímos y que ahora, con más fuerza que nunca, seguimos creyendo.

Ellos creyeron que los países dignos deben aspirar a ser sujetos y no objetos de la Historia y que, para alcanzar tal objetivo, deben empezar por tener plena conciencia de su misión. Sólo así pueden llegar a forjar un destino con mano firme y visión certera, despreciando, en consecuencia, los acontecimientos meros productos del azar, de las circunstancias o de las conveniencias inmediatas.

Una Patria grande es el símbolo luminoso y permanente de una Comunidad Nacional auténtica, integrada y compacta, en que todos sus miembros trabajan y se esfuerzan por la conquista de un porvenir común, grande y promisorio.

Este concepto arranca de la unión en las luchas heroicas del pasado, del tesón hermanado del presente y del claro sentido de un destino de grandeza para la Nación toda, comunidad que comprende incluso a los chilenos ya muertos, junto a los que todavía vivimos y a los que seguirán viniendo en sucesión infinita.

Ahí están comprendidos e involucrados todos los hombres y mujeres que habitan un mismo territorio por el solo hecho de formar parte de una Nación. Su concepción es, por tanto, incompatible con cualquiera distinción de clases, sectas, grupos o círculos y rechaza en forma categórica todo planteamiento que se base en la lucha o el antagonismo de una clase o grupo en contra de otros.

Pero, por encima de todo, una Comunidad que se pretende sólida, vital y con proyecciones, ha de nutrir su pensamiento en la savia misma de la nacionalidad. No puede aceptar, pues, la inspiración de filosofías exóticas o transplantadas ni el uso de dialécticas envasadas para el consumo indiscriminado del hombre-masa de cualquier país del mundo.

Si ellos estuvieran materialmente vivos, estarían luchando con todas las energías de sus espíritus gigantes para detener el avance de las hordas destructoras de nuestra nacionalidad.

Si ellos siguieran viviendo físicamente, formarían en la vanguardia de los combatientes cotidianos contra la falsoedad, el odio y la estulticia.

Si proclamamos que ellos están presentes, sintámoslos realmente junto a nosotros y, en compactas filas, luchemos sin vacilaciones contra las fuerzas tenebrosas de la anti-patria...

Y en los momentos de debilidad, de desesperanza o de temor, recordemos que aquí, entre el mar y la montaña, con la nieve y la sal en sus pupilas, ellos están y permanecen.

¡Sí! En la obscura raíz del avellano y en la copa encendida de los notros, ellos siguen estando...

Imp. R. Neupert - San Francisco 359 - Santiago

